

En La Lonja

Roberto Aliaga
Miguel Ángel Díez



En La Lonja

Roberto Aliaga
Miguel Ángel Díez



En Orihuela, su pueblo y el mío.
MIGUEL HERNÁNDEZ

En La Lonja

TEXTOS:

Roberto Aliaga.

ILUSTRACIONES:

Miguel Ángel Díez.

EDITA:

Concejalía de Educación
Excmo. Ayuntamiento de Orihuela.

DEPÓSITO LEGAL:

A 25-2018

IMPRIME

ONDA Gráfica, S.L.

Pintor Fernando Fenoll, 4-6
03300 Orihuela
Tels. 96 530 12 21 - 646 48 34 26
ondagrafica@ondagrafica.com

La niña salió de casa con una nube de color gris sobre la cabeza.

Su madre, más que llevarla tomada de la mano, se podría decir que tiraba de ella, arrastrándola calle abajo.

—¡Vamos, date prisa! —le decía, volviéndose de vez en cuando—. ¡Date prisa, que es muy tarde!

Pero la niña no podía hacerle caso. Más al contrario, iba arrastrando los pies por el suelo, tropezándose con el aburrimiento y la desgana, entretenida en mirarlo todo y buscar historias donde no las había.

«Esta niña tiene el don de la imaginación», solía decir el maestro.

Y aquella mañana, a causa de la fiebre, parecía que la cabeza de la niña estuviera aún más desbocada que de costumbre.

Miraba al gato de la esquina relamerse los bigotes.

Contaba con los dedos las campanadas de la iglesia más cercana.

Y se preguntaba cuál sería el secreto que aquel grupo de señoras vestidas de negro se contaba a las puertas de La Lonja...





Nada más entrar, su madre le preguntó:

—¿Qué te apetece comer?

La niña se encogió de hombros en silencio. La nube gris seguía sobre su cabeza.

—Hoy podemos comprar lo que tú quieras —le concedió su madre, posándole en la frente la palma de la mano, para ver si le había bajado la temperatura—. Aquí hay de todo...

La niña dudó unos segundos, porque no tenía hambre.

O tal vez sí que la tenía, pero no era un hambre normal y corriente, de esas que pudieran saciarse a través del estómago.

—No sé —dijo finalmente.

La madre lanzó un suspiro y le agarró la mano con más fuerza.

—Está bien. Daremos una vuelta para que elijas lo que más te guste, ¿de acuerdo?

La niña, por toda respuesta, se volvió a encoger de hombros.



El primer puesto frente al que se detuvieron olía a mar.

—¡Mire qué sardinas, señora! —decía el vendedor—. ¡Recién traídas de la lonja de Santa Pola!

La madre les echó un vistazo, arrugando la nariz como una experta, y después miró a la niña:

—¿Te apetece que compremos unas sardinas? A tu padre le gustan mucho...

Pero la niña apenas oyó sus palabras porque, de improviso, las olas arremetieron contra el casco y la nave comenzó a balancearse hacia los lados.

Unas diminutas gotas de agua salada perlaron su frente y, en aquel momento, el Mediterráneo llegó hasta La Lonja de Orihuela.



A continuación, se detuvieron frente a una carnicería.

—¿Hay aquí algo que te guste?— preguntó la madre.

La niña, que aún no se había repuesto del mareo, negó con la cabeza.

—Espera un segundo —dijo el carnicero—, que voy a darte una cosa que sí te va a gustar...

A continuación, el hombre cogió un papel de estraza y, con el lapicero que llevaba sobre la oreja, comenzó a dibujar algo. Unas líneas por aquí. Otras por allá. Una cola larga. Unos dientes afilados...

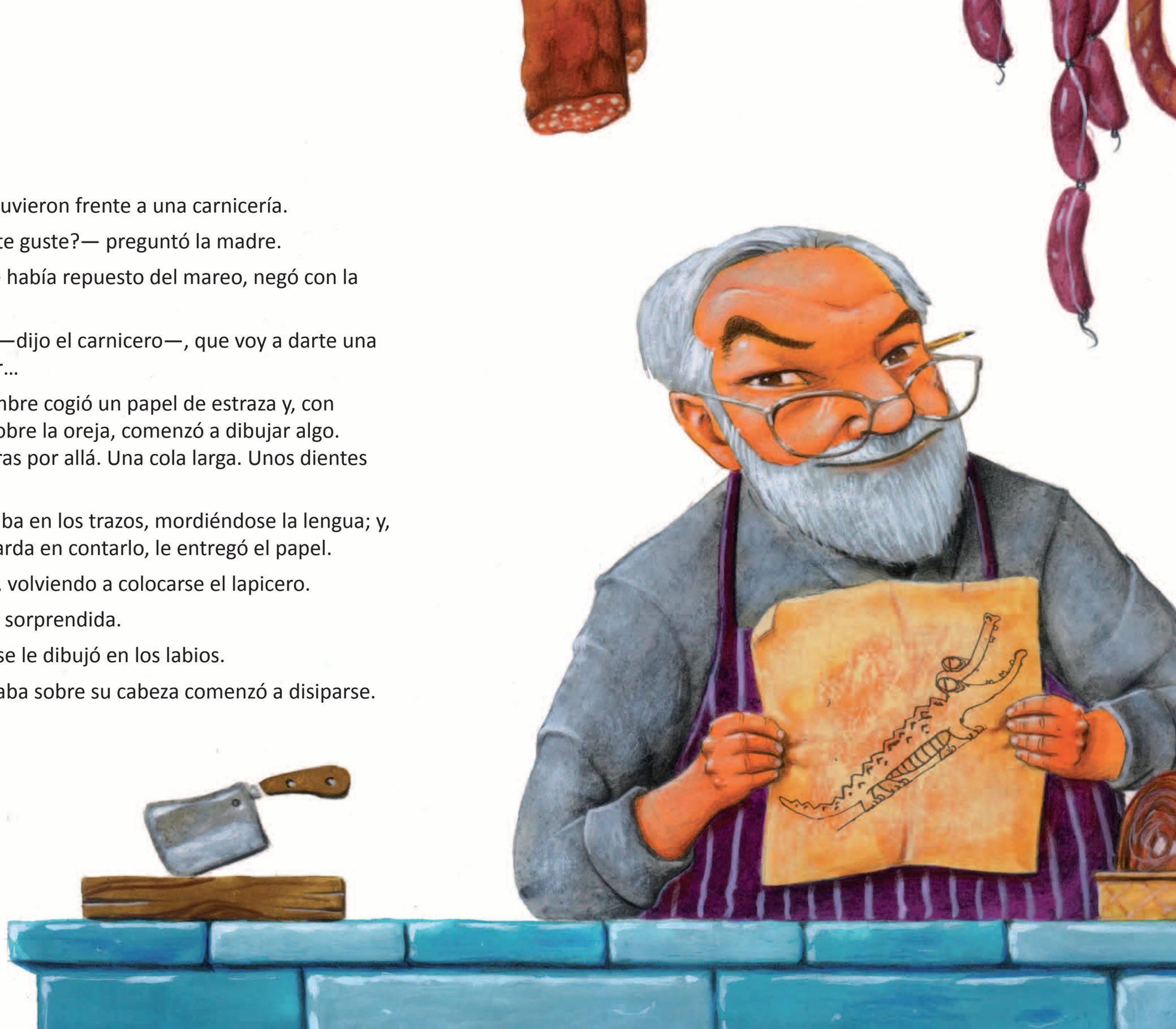
El carnicero se esmeraba en los trazos, mordiéndose la lengua; y, en menos de lo que se tarda en contar, le entregó el papel.

—¡Es para ti! —le dijo, volviendo a colocarse el lapicero.

La niña miró el dibujo, sorprendida.

Un esbozo de sonrisa se le dibujó en los labios.

Y la nube gris que viajaba sobre su cabeza comenzó a disiparse.



Se acercaron al siguiente puesto.

La madre agarró del hombro a la niña, se acercó a su oído y le dijo:

—¿Te apetece una porción de queso?

El vendedor apareció limpiándose las manos con un paño.

—¡Los tenemos todos! —anunció. Y, señalando con el dedo, se puso a enumerarlos—: Queso de cabrales, queixo tetilla, de Burgos, manchego... ¿Cuál es el que más te gusta?

La madre miró a la niña, esperando su respuesta.

Y, como la niña no decía palabra, un señor a caballo, con lanza, armadura y escudero, que pasaba por allí, sentenció:

—Sin duda, yo me decanto por el manchego —Y levantó la nariz—. ¡Desde aquí puedo olerlo!





En la siguiente parada, había una huerta.

Las verduras se amontonaban como pirámides de Egipto.

—¡Uy qué niña más alta! —dijo la chica que atendía el puesto, desde el otro lado—. Tendrás lo menos diez u once años, ¿verdad?

—Más, más... —apostilló su compañero, de buen humor, levantando una mano como si saludara a un amigo—. ¡Doce o trece por lo menos!

La chica cogió un par de cebollas que..., al instante, nada más tocarlas, cobraron vida. Abrieron los ojos y, tras un bostezo, empezaron a recitar a dúo:

—La cebolla es escarcha cerrada y pobre...



Por último, se detuvieron frente al puesto de la fruta.

La madre fue palpando una a una las naranjas, en busca de las más maduras:

—Y un zumo... ¿Te apetecería?

Pero la niña apenas la escuchó, porque algo cuadrado, y extraño en ese contexto, había llamado enormemente su atención.

La niña se puso de puntillas, alargó una mano y lo cogió con mucho cuidado.

Se lo acercó a los ojos, y lo abrió, y comenzó a pasar sus páginas.

—No me explico cómo puede haber llegado ese libro al cajón de las naranjas —dijo la señora de la frutería—. Pero si te gusta... ¡te lo puedes llevar a casa!



—Mira que no decidirte por nada, con la de cosas que había...
—iba refunfuñando su madre, calle arriba—. Esta tarde volveré a llevarte al médico. No puedes estar tanto tiempo sin alimentarte.

Pero no era cierto.

La niña no había salido de La Lonja con las manos vacías.

Apretaba el libro contra su pecho, bien fuerte, para que no se le escapara.

Y no quedaba rastro de la fiebre, ni de la nube gris que antes revoloteaba sobre su cabeza.

—Mamá... —dijo la niña—. ¿Sabes una cosa?

»Que cuando sea mayor, yo también voy a trabajar en La Lonja.

»¡Y la voy a llenar de dibujos! ¡Y de cuentos! ¡Y de marionetas!
¡Y de libros! ¡Para todos los niños...!

—¿Ah sí...? —preguntó su madre, incrédula—. ¿Y cómo vas a hacer eso?

La niña se echó a reír.

—Es que no voy a estar sola, mamá. ¡Lo haremos entre todos!

Y sin detener el paso, comenzó a cantar:

—Vueeeela coniiiiigo en Orihuela, vuela vueeeela...



Hace diez años, el día 11 de abril de 2008, la tripulación de esta Concejalía, junto con otros agentes educativos, se embarcó en un nuevo proyecto: el *I Salón del Libro Infantil y Juvenil Ciudad de Orihuela*.

Con pocas herramientas, apenas el boceto de una carta de navegación y una brújula que señalaba el norte (casi siempre), pero con la bodega llena de ilusión y el ánimo por bandera, ondeando en el palo mayor, la embarcación soltó amarras en La Lonja de Orihuela.

Ha sido una dura travesía, pero la empresa mereció la pena. Porque en estos diez años, han pasado por La Lonja decenas de escritores, ilustradores y narradores; cientos de libros infantiles... y lo que es más importante: ¡miles de niñas y niños de los centros escolares de nuestra ciudad y comarca!

Desde aquí, nuestro reconocimiento a todas y cada una de las personas que lo han hecho posible.

En el año 2012, el Salón del Libro Infantil incorporó un himno propio: “Vuela conmigo en Orihuela”, compuesto por Juan Rafael Muñoz Muñoz.

Y a partir de ahora, también tendrá su propio cuento, este que tenéis en vuestras manos y que sintetiza parte de la historia del proyecto a través de sus personajes, del texto, escrito por Roberto Aliaga, y de sus ilustraciones, que corren a cargo de Miguel Ángel Díez. Un tándem de dos viejos amigos a los que queremos agradecer que, de nuevo, nos acompañen a bordo de este barco llamado “*Salón del Libro Infantil y Juvenil Ciudad de Orihuela*”.

Un barco que, una vez fijado el rumbo, continúa navegando.

Embárcate con nosotros, coge un libro... ¡Y vuela en Orihuela!

